

convierten la casa de Dios en cueva de ladrones. Sí, en cueva de ladrones, porque muchos roban á Dios el respeto y adoracion que merece y que exige de nosotros. Pecadores que en todas partes ofendeis á Dios, ¿no sois unos ingratos, unos pérfidos, en venir tambien á ofender á Dios en su mismo templo? Mujeres escandalosas que os adornais con profusion y venis á la casa de Dios á arrebatár las miradas que deben dirigirse á Dios, ¿deseais por ventura recibir el incienso que solo ante las aras del Señor debe quemarse? ¿Quereis ocupar el lugar que corresponde á vuestro Criador, que puede convertirnos en ceniza con solo una mirada? Retiraos, pues, de esta casa que es el lugar destinado á la oracion, y no insulteis en ella al Dios de magestad.

Desgracia es digna de llorarse con lágrimas de sangre, la conducta de muchos cristianos en los templos: no se hubieran atrevido seguramente á hacer otro tanto los gentiles en el lugar donde adoraban sus ídolos. ¡Qué contradiccion tan monstruosa! Se dicen cristianos: quieren aparecer como hombres de fé, se agraviarian si se pusiese en duda su catolicismo, y despues vienen al templo con un espíritu disipado, y á veces mientras el sacerdote está ofreciendo la Hostia pura, santa é inmaculada, están ellos formando en su entendimiento planes lascivos, y sacrílegos proyectos de ambición ó de venganza: cuando están prontos á inclinarse ante la deidad que es objeto de su cariño, renuevan los desacatos é irreverencias de los judíos, no doblando la rodilla ante el Dios de los siglos, y piensan en todo menos en lo que se está efectuando y adonde debieran dirigir toda su atencion. ¿Exagero por ventura? ¿No es esto lo que

estamos viendo cada dia? ¿No se dan mil citas amorosas, para el templo, como si el templo fuera un teatro ó la casa de un particular cualquiera? ¿No se tratan dentro de sus muros asuntos enteramente profanos y por lo tanto agenos al lugar santo? Mientras unos fieles postrados en el tribunal de la penitencia alcanzan la absolucion de sus pecados, y otros fortalecen sus almas con el pan de los ángeles, ¿no están otros riéndose de ellos y tal vez murmurando de aquellas obras de piedad, no por otra cosa sino porque confunde su tibieza? Mientras unos dirigen fervorosas oraciones á Dios para alcanzar sus misericordias, ¿no se entretienen otros en llamar la atencion de los devotos, distrayéndoles con sus conversaciones é importunidades? En tanto que el ministro de Dios predica la divina palabra, ¿no hay algunos y no pocos que atentos á si es ó no elocuente, si dice bien ó mal el predicador, están como en un espectáculo profano, sin parar mientes en la doctrina evangélica? Asi sucede por desdicha, y ya que habeis visto lo digno de respeto y veneracion que es el templo, por ser casa de oracion y puerta del cielo, voy á haceros ver los castigos terribles con que Dios amenaza á los profanadores del Santuario. Esto servirá para que los que hasta aquí habeis respetado el lugar santo, lo sigais practicando con empeño, y para que vengan á verdadero conocimiento los que no lo han hecho, y pidiendo perdon á Dios por su anterior infidelidad é ingratitud, procuren en adelante portarse en la casa de Dios como verdaderos cristianos.

SEGUNDA PARTE.

Si es una verdad que el hombre que entrando en una casa, comete abusos de confianza, y falta al respeto debido al dueño de ella, atrae sobre sí el enojo de aquella familia que no tarda en arrojarle fuera, advirtiéndole que no vuelva á repetir sus visitas, ¿á que no será acreedor el hombre que falta al respeto y aun á las reglas de educacion, no en casa de un amigo, sino en el mismo palacio do reside el que es Soberano de los cielos y de la tierra? ¡Ah! Que yo no puedo menos de estremecerme al leer en las páginas de la Escritura Santa el modo tan terrible con que Dios castigó en todos tiempos á los profanadores de los templos.

En el libro segundo de los Macabeos se nos refiere el castigo que envió el Señor á Heliodoro, á aquel profanador del templo, que por orden del rey de quien era ministro, se apoderaba de los caudales con que atendia á las necesidades del templo, y al socorro de los pobres y las viudas. Envió Dios á sus ángeles los cuales le azotaron en términos de dejarle casi sin vida, mudo, y tenerlo que conducir en silla de manos (1). ¡Ah! Castigo terrible que debiera estar siempre presente á aquellos que llenos de ambicion, han querido reducir el santuario al estado de mayor pobreza! Gran Dios! ¡Cuán incomprensibles son tus juicios, puesto que habiendo tantos Heliodoros, no vemos la repeticion de aquel terrible castigo! Pero sois justísimo y conozco que teneis muchos modos de cas-

(1) II. Machab. cap. III, v. 23 y 26.

tigar á las criaturas, y que todo lo disponeis con suma sabiduría.

¡Ay, cristianos! ¿Acaso no procurareis tener el respeto debido al templo porque no se repiten en la actualidad aquellos castigos visibles? Muy ciegos debéis estar cuando no advertís los continuos que Dios manda á los pueblos. Tantas muertes repentinas, tantas enfermedades contagiosas que aparecen para diezmar los pueblos y ciudades, la pérdida de las cosechas que producen la terrible plaga del hambre, las guerras y otras calamidades, ¿qué otra cosa son sino castigos del Señor, por la falta de fé, por la profanacion de los templos? Sí, el Señor nos azota, no por ministerio de sus ángeles, sino por su misma mano, rodeándonos de aflicciones, y prepara mayores castigos para despues de la presente vida. ¡Ojalá que conociendo nosotros nuestros estravíos como Heliodoro despues que recobró el habla y la salud por los ruegos de Onias, esclamemos como él al rey: «El mismo que tiene su morada en el cielo, es el visitador y protector del templo, y hiere y mata á los que le profanan (1).» Si tal confesion salió de los labios de Heliodoro, aunque idólatra, por haber experimentado tan riguroso castigo, ¿qué deberemos decir nosotros toda vez que en nuestros templos reside la magestad de nuestro Dios?

Oza, que perdió la vida repentinamente por haber estendido su mano para que no cayera el Arca Santa; los cincuenta mil betsamitas que fueron tratados con el mayor rigor por mirar el Arca con poca reverencia, y Baltasar que perdió el reino y la vida en la misma

(1) Nam ipse, qui habet in cœlis habitationem, visitator, et adjutor est loci illius, et venientes ad malefaciendum percutit, ac perdit. Ibid. versiculo 39.

noche en que hizo servir los vasos sagrados en un festin, son los grandes ejemplos que debemos tener siempre á la vista, para acostumbrarnos á mirar con el mayor respeto nuestros templos.

Empero que necesidad tenemos de aglomerar mas pruebas, si basta para hacernos estremecer y conocer el horrendo pecado de los profanadores de los templos el hecho que nos refiere nuestro Evangelio de hoy, y que me ha obligado á elegir esta materia para vuestra instruccion. Jesucristo, que era la mansedumbre por esencia, se irrita y castiga por su mano á los que no teniendo en cuenta el respeto y veneracion debida al templo, le convertian en casa de negocios. Echando fuera del templo á los que compraban y vendian, y arrojando los objetos de mercancías y el dinero: Quitad todo esto de aquí, les dice, y la casa de mi Padre no la hagais casa de tráfico: *Auferta ista hinc, et nolite facere domum Patris meis, domum negotiationis*. Por las irreverencias que cometieron en la Iglesia los habitantes de Constantinopla, fueron castigados con la guerra de los turcos, como refiere el erudito Baronio (1).

Quiera el cielo, que á vista de tales castigos escarmentéis vosotros, para no atraer sobre vuestras cabezas el enojo de Dios, en el mismo lugar que tiene destinado para teatro de sus infinitas bondades y misericordias. El desprecio de los templos; la falta de respeto al lugar santo, es sin que lo dudeis la causa de muchas de las desgracias que experimentan los pueblos y los individuos. Por no aflijir vuestros espíritus hago el sacrificio de ahogar en mi corazon las

(1) Baron. ad. an. 436.

reflexiones que naturalmente se desprenden de la doctrina saludable que hemos tratado. No quiero detenerme en la consideracion del triste cuadro que presenta la sociedad, ni recordar siquiera las muchas profanaciones que de nuestros santuarios se han venido cometiendo en los últimos años. Afortunadamente veo una regeneracion venturosa, que me hace creer y esto me llena de consuelo, que no se repetirán entre nosotros los escesos que mediante á los pasados trastornos que han agitado al Estado, se han venido representando por hombres que sin otra bandera que la impiedad, han insultado impunemente por parte de la tierra nuestra religion, nuestro culto y sus ministros. Yo creo y no será un esceso de mi devocion, que si no hemos experimentado mayores y mas terribles castigos por la profanacion de los templos, ha sido por los ruegos de la que siendo el refugio de los pecadores, es patrona de nuestra nacion. Sí, señores, la Santísima Virgen, cuyas imágenes veneramos en nuestros templos, ha detenido el brazo airado de la Divina Justicia: porque si así no fuera, ¿cómo nos hubiéramos librado de mayores castigos que el que recibió Heliodoro, ó el que dió por su misma mano Jesucristo á los judíos, puesto que nuestro pecado al profanar el templo es mucho mayor que el de aquellos, por la residencia en él de nuestro Dios?

No creo que sea necesario instar mas para que os persuadais del respeto y compostura que debeis guardar en el lugar santo. Cuanto en él se nos presenta es digno de nuestra veneracion como os manifesté en la primera parte. El Dios á quien no abarca el cielo, ni los cielos de los cielos, segun la espresion de Salomon, es el mismo que reside en nuestros sagrarios: no se

presenta á nuestra vista entre truenos y relámpagos como en el Sinaí, pero ahí escondido bajo los accidentes de pan, exige de nosotros que interior y exteriormente le tributemos el acatamiento debido á su grandeza. Presentarse ante su trono sin compostura y devocion, y estar en su presencia distraído y tal vez en objetos criminales es insultarle en su misma casa, y hacerse acreedores á los grandes castigos que como habeis visto envia el Señor á los profanadores de sus templos.

Plegue á Dios que aprovechándoos de la instruccion que acabais de recibir, ofrezcais al Señor en su templo un corazon puro y sincero, y unas oraciones fervorosas, que suban hasta su trono en olor de suavidad. Ojalá que os decidais á respetar y venerar de tal modo el Santuario, que complacido Dios de vuestro modo de obrar os dé en recompensa la posesion del templo de la inmortalidad que es su gloria. *Amen.*

SERMON

PARA EL MIÉRCOLES

DESPUES DE LA CUARTA DOMINICA DE CUARESMA.

Si la fé nos ha de salvar, es necesario que haya una union íntima entre ella y las buenas obras.

At ille ait: Credo Domine. Et prociens adoravit eum.

Y él dijo: creo, Señor. Y postrándose le adoró.

Joan. cap. IX, v. 38.

Uno de los milagros mas asombrosos que hizo Jesucristo durante los tres años de su predicacion, es sin duda el que nos refiere el Evangelio de este dia, el cual lejos de admirar á los sábios doctores de la Sinagoga, produjo en ellos un efecto contrario, pues que llamaban pecador al que dió vista al ciego de nacimiento, porque en sábado habia obrado aquella curacion, y escomulgaron al que habia sido ciego, por el solo delito de confesar á presencia de todas las gentes la bondad y misericordia que con él habia usado Jesus. La conducta de este ciego vá hoy á confundir á la fé de muchos cristianos, cuyas obras estan á gran